

—Cada cual con su gusto. Deloche come el albérchigo con vino. Éste estaba inmóvil. Con la cabeza baja y como sordo, no oía las bromas, experimentando disgusto por lo que había hecho. Aquella gente tenía razón: ¿con qué títulos la defendía? Se creería todo lo peor. Se hubiera pegado á sí mismo por haberla comprometido queriendo justificarla. Era su buena suerte de siempre; mejor hubiera hecho en irse sin cometer torpezas cediendo á su corazón. Tenía lágrimas en los ojos. No era culpa suya si todo el almacén hablaba de la carta escrita por el principal. Les oía calumniar con palabras crudas á propósito de aquella invitación, cuya confidencia sólo había recibido Lienard. Se acusaba á sí propio: no debió haber dejado hablar á Paulina delante de este último, y él era el solo responsable de la indiscreción cometida.

—¿Por qué lo contasteis?— murmuró al fin dolorosamente.— Eso está mal hecho.

—¡Yo!—repuso Lienard.—Sólo se lo conté á una ó dos personas exigiendo secreto. ¡No se sabe cómo se divulgan las cosas!

Cuando Deloche se decidió al fin á beber un vaso de agua, todos rieron. Los empleados esperaban el toque de campana llamándose de lejos, con la satisfacción de quien ha comido bien. En el mostrador central se habían pedido pocos extraordinarios, tanto más cuanto que la Administración daba aquel día el café. Humeaban las tazas; los rostros sudaban sobre aquel ligero vapor que flotaba como la nube azulada del cigarro. Los toldos de las ventanas estaban inmóviles; uno de ellos se alzó, y un rayo de sol iluminó el techo. El rumor era tan fuerte, que sólo oyeron la campana los de las mesas próximas á la puerta. Empezó el desfile y la desbandada llenó los corredores.

Deloche se retrasó para huir de las bromas, que seguían. El mismo Baugé salió antes que él, y eso que Baugé era el último que salía, para hallar al paso á Paulina cuando iba al refectorio de señoras; era una maniobra combinada entre ellos para verse un minuto durante el trabajo. Aquel día se estaban besando á más y mejor en un ángulo del corredor, cuando les sorprendió Dionisia que subía también á almorzar. Andaba lentamente á causa de su pié.

—¡Oh, querida mía!—balbuceó Paulina como una amapola;—¿no diréis nada, verdad?

Baugé, con su aspecto de hércules, temblaba como un niño, y murmuró:

—Nos zapatearían ahí fuera... y no sé por qué se han de extrañar esos bestias de que nos abracemos estando anunciada la boda

Dionisia, casi asustada de haberles visto, afectó no aperibirse. Se fué Baugé cuando apareció Deloche; quiso excusarse y balbuceó frases que Dionisia no entendió al pronto. Luégo reprochó á Paulina el haber hablado delante de Lienard, y Dionisia tuvo al fin la explicación de lo que se cuchicheaba detras de ella desde aquella mañana. La historia de la carta. Tuvo un estremecimiento y se vió como desnudada por todos aquellos hombres.

—Yo no sabía nada—respetia Paulina—y además, no hay en eso nada vituperable. Se deja que hablen y se irriten.

—Querida—dijo al fin Dionisia con su aspecto juicioso—no os acuso: habeis dicho la verdad. He recibido una carta y á mi me toca contestarla.

Deloche se fué triste, comprendiendo que la jóven aceptaba su situación y que iría á la cita. Cuando almorzaron las dos jóvenes en una salita próxima á la grande, donde era mejor el servicio, Paulina tuvo que ayudar á bajar á Dionisia, porque se le cansaba el pié.

Abajo, y con el calor del mediodía, rugía el inventario. Era la hora crítica, cuando ante el trabajo poco adelantado por la mañana se despleaban las fuerzas para acabar por la noche. Las voces sonaban y sólo se veía el movimiento de los brazos vaciando la anaquelaría y arrojando el género; no se podía circular, porque los montones llegaban á la altura de los mostradores. Una ola de cabezas, de brazos, de puños, parecía perderse en el fondo de las secciones como una revuelta popular. Era la última fiebre de la máquina á alta presión, mientras detras de los cristales se veían raros transeúntes andando con el fastidio sofocante de un domingo de verano. En la acera de la calle Neuve-Saint-Augustin, tres muchachas pegaban los rostros á los vidrios, tratando de ver aquel afán de laboratorio que hervía dentro.

Cuando Dionisia entró en las confecciones, la señora Aurelia dejó á Margarita que acabase la enunciación de los vestidos. Se encargó del trabajo de comprobación, que necesitaba silencio, y se llevó para hacerlo á Dionisia á la sala de muestrarios.

—Venid conmigo; confrontarémos y luégo añadiréis si falta algo.

Pero como dejara la puerta abierta á fin de vigilar su sección, entraba la barahunda y no era posible entenderse en aquella sala.

Era una vasta pieza cuadrada llena, de tres cajas y con tres largas mesas. En un rincón estaban los cuchillos mecánicos para cortar las muestras. Había allí piezas enteras; al año se expedían más de veinte mil francos de telas distribuidas en pedacitos. De la mañana á la noche cortaban los cuchillos la seda y la lana. Luégo había que reunir los cuadernos, y coserlos ó pegarlos. Entre dos ventanas había una pequeña imprenta para las etiquetas.

—¡Más bajo!—decía de vez en cuando la señora Aurelia, que no oía á Dionisia leer los artículos.

Cuando terminó la confrontación de las primeras listas las dejó sobre una de las mesas junto á las adiciones. Salió y volvió en seguida, instalando junto á la jóven á la señorita Fontenailles, que ya no hacía falta en los equipos de boda. Ésta, adiccionaria también, y se ganaba tiempo. Pero la aparición de la marquesa, como la llamaba Clara, revolucionó á la sección. Se reía, se daban bromas á José y entraban por la puerta palabras atroces.

—No os retireis, porque no me incomodáis—dijo Dionisia llena de compasión.—Venid; mi tintero bastará para las dos.

La señorita Fontenailles no encontró, aturdida, una palabra de gratitud. Debía sufrir: su rostro delgado tenía color plumizo, y sus manos, blancas y finas, acusaban aún la distinción de su raza.

Cesaron de pronto las risas y el trabajo siguió. Era que llegaba Mouret dando una vuelta por las secciones.

Se detuvo buscando á Dionisia, sorprendido de no verla. Con una seña llamó á la señora Aurelia, con la que habló un instante. Ella le indicó la sala de muestrarios, y luégo como que se puso á darle cuentas. Sin duda le contaba que la jóven había llorado aquella mañana.

—¡Perfectamente!—dijo alto Mouret.—Á ver las listas...

—Por aquí—repuso la primera;—nos hemos quitado de este barullo.

Él la siguió á la pieza vecina. No engañó á Clara la maniobra, y murmuró que era mejor que buscasen una cama en seguida; pero Margarita le arrojó el género con mayor viveza para entretenerla y que no hablase. ¿No era la segunda una buena compañera? Sus asuntos no interesaban á nadie. La sección era cómplice: los dependientes se movían más, y los hombros de Lhomme y José se encogían. Hasta el inspector Jouve, que había notado la táctica de la señora Aurelia, se puso á pasear ante la puerta, con el paso regular del funcionario que custodia el placer de su amo.

—Dad las listas al señor—dijo la primera al entrar.

Dionisia las entregó y se quedó mirándole. Se sobresaltó ligeramente, pero se dominó y se calmó, quedándose firme y pálida. Mouret pareció absorberse en la numeración del género sin mirarla. Reinó el silencio. La señora Aurelia se acercó á la de Fontenailles, que no volvía la cabeza y parecía descontenta de aquel trabajo, y la dijo á media voz:

—Idos á ayudar en los paquetes... no tenéis la costumbre de los números.

La jóven se levantó y volvió á la sección, donde la acogieron los cuchicheos. José, bajo las miradas de aquellas señoritas, escribía torcido. Encantada Clara con aquella ayuda, la aturdió, fiel á la antipatía que sentía por todas las mujeres del almacén. Pensaba en la estupidez de amar á un José cuando era marquesa, y la daba celos.

—¡Muy bien, muy bien!—repetía Mouret afectando leer.

La señora Aurelia no sabía cómo irse. Paseaba, iba á mirar los cuchillos mecánicos, furiosa porque su marido no encontrase un pretexto para llamarla. Pero éste no se ocupaba nunca de los asuntos serios: se hubiera muerto de sed en la orilla de un río. Margarita fué la que comprendió, entrando á pedir un dato á su primera.

—Ya voy yo—dijo ésta.

Cubierta su dignidad, y teniendo ya pretexto para ante aquellas señoritas que la observaban, dejó al fin solos á Mouret y Dionisia, saliendo con aspecto tan imperial y actitud tan noble, que las oficiales no se atrevieron ni á sonreír.

Mouret fué dejando las listas sobre la mesa. Miraba á la jóven, que seguía sentada con la pluma en la mano. Ella no bajaba la vista, pero estaba más pálida.

—¿Vendréis esta noche?—preguntó á media voz.

—No, señor—contestó ella;—no puedo. Mis hermanos están en casa del tío y he prometido ir á comer con ellos.

—Pero ¿y el pié? Andais con dificultad.

—¡Oh! Iré bien hasta allí. Estoy mejor desde esta mañana.

Él se puso pálido á su vez ante aquella negativa tan tranquila. Sus labios se agitaban nerviosamente. Se contuvo, y tomando el aire de superior que se interesa por una de sus oficiales,

—Vamos—dijo—yo os lo ruego. Ya sabéis cuánto os estimo. Dionisia siguió en su actitud respetuosa.

— Estoy agradecidísima á vuestra bondad para conmigo, y os agradezco la invitacion; pero, lo repito, no puedo: mis hermanos me esperan esta noche.

Ella se obstinaba en hacer que no entendia. Por la puerta abierta sentia que el almacén entero la hacia pedazos. Paulina la llamaria amistosamente tonta, y las demas se burlarian de ella si rehusaba. La señora Aurelia, que se habia ido; Margarita, cuya voz oia; los Lhomme, cuyas espaldas veia... todos la empujaban hácia el amo. El continuo rugir del inventario, aquellas millones de géneros gritados en alta voz, removidos con los brazos, eran como un viento cálido que llevaba la pasion hasta ella.

Hubo un silencio. El ruido cubria la voz de Mouret, como el rugido formidable de una fortuna real ganada en las batallas.

—Entonces... ¿cuándo vendréis?— preguntó mecánicamente.

—¿Mañana?

Esta sencilla pregunta turbó á Dionisia. Perdió un momento la serenidad y balbuceó:

—No lo sé... no puedo...

Él sonrió y quiso cogerla una mano, que ella retiró.

—¿De qué teneis miedo?

Ella levantó la cabeza, le miró cara á cara, y le dijo sonriendo, con su aire dulce y valiente:

—Yo no temo nada, señor. Se hace únicamente lo que se quiere; ¿no es cierto? Bien, pues yo no quiero: eso es todo.

Se calló al sentir un rechinamiento; se volvió y vió cerrarse lentamente la puerta. Era que el inspector Jouve habia tirado de ella: las puertas estaban á su cargo y no debian estar abiertas. Luégo se quedó haciendo su centinela. Nadie se apercibió de que se habia cerrado tan sencillamente aquella puerta. Clara fué la única que lo notó, y deslizó una frase cruda al oido de la señorita Fontenailles, que no hizo ni un gesto.

Dionisia se puso en pié miéntras Mouret la decia en voz baja y temblorosa:

—Escuchadme... Os amo. Lo sabeis hace tiempo: no juguéis cruelmente haciendo que lo ignorais. No temais nada; veinte veces he querido llamaros á mi despacho. Hubiéramos estado solos sin más que correr un pestillo; pero no he querido: ya veis que os hablo aquí donde puede entrar el que quiera... Os amo, Dionisia...

Ella estaba en pié, pálida y mirándole sin bajar los ojos.

—¿Por qué os negais? ¿No teneis necesidades? Vuestros hermanos son una carga pesada. Todo lo que me pidais, cuanto exijais de mí...

Ella le detuvo con una frase:

—Gracias; gano más de lo que necesito.

—Pero yo os ofrezco la libertad, una existencia de lujo y placeres. Os instalaré en casa propia y os aseguraré una pequeña fortuna.

—No, gracias; me aburriría sin hacer nada, y llevo diez años ganándome la vida.

Él hizo un gesto de loco: era la primera que no cedia ante sus caprichos. No habia hecho más que dejarse ir para conquistar á las otras, que esperaban sumisamente sus caprichos, y ésta decia que no, sin dar una excusa razonable. Su deseo, contenido hacia tiempo y exasperado con la resistencia, le empujaba. Tal vez ofrecia poco... Dobló la oferta y la estrechó más.

—No, no, gracias— respondió ella sin desfallecer.

Entonces dejó él escapar este grito de su corazón:

—¿No veis que sufro? Si, esto es necio, pero sufro como un niño.

Se llenaron de lágrimas sus ojos; hubo una nueva pausa. Se oia tras de la cerrada puerta el ruido del inventario como el moribundo acompañamiento del triunfo. El coro era discreto ante la derrota del amo.

—¡Si yo quisiera!..—dijo él con voz ardiente y cogiéndola las manos.

Dionisia no las retiró: sus ojos se entornaron y se abatió su fuerza. El tibio calor de las manos de aquel hombre la llenaba de dulce cobardía. ¡Con qué placer se hubiera colgado á su cuello y descansado sobre su pecho!

—¡Lo quiero, lo quiero!—repetia él medio loco.—Os espero esta noche ó tomaré medidas que...

Se hizo brutal. Ella lanzó un pequeño grito: el dolor que sintió en la muñeca la devolvió todo su valor. De una sacudida se desprendió, y dijo erguida y magnífica:

—No... dejadme. Yo no soy una Clara á quien se abandona al otro día. Además amais á otra persona... Sí, á esa dama que viene aquí; quedaos con ella. Yo no voy á partir con nadie.

La sorpresa clavó á Mouret. ¿Qué decia? ¿qué queria? Jamas las entretenidas de su almacén se ocuparon de si eran amadas.

Debió reirse, pero aquella actitud de dulce fiereza acabó de trastornarle el corazón.

— Ábrid la puerta—siguió ella.—No es conveniente que estemos aquí juntos de este modo.

Él obedeció. Con las mandíbulas temblorosas y no sabiendo cómo ocultar su emoción, llamó á la señora Aurelia y la emprendió con el surtido de cuellos, diciendo que era preciso bajar los precios, bajarlos hasta que no quedara uno. Esta era regla en la casa. Se vendía con sesenta por ciento de pérdida mejor que conservar un modelo antiguo ó una tela pasada. Bourdoncle, que iba en busca de Mouret, le esperaba hacia un instante ante la puerta cerrada por Jouve, quien le dijo al oído una palabra con aire grave. Se impacientaba, sin hallar valor para interrumpir la entrevista del director. ¡Era posible! ¡encerrarse un día como aquel con tan mezquina criatura! Cuando salió al fin, le habló de sedas de fantasía, cuya existencia era enorme. Esto fué un pretexto para Mouret, que pudo gritar á su gusto. ¿En qué pensaba Bouthemont? Se alejó diciendo que no comprendía que un dependiente de visita de fábricas careciese de olfato hasta el punto de comprar más de lo que necesita la venta.

— ¿Qué hay?—murmuró la señora Aurelia, conmovida con la reprimenda.

Las señoritas se miraron con sorpresa. Á las seis terminó el inventario. Brillaba aún el sol, un rubio sol de verano cuyos reflejos de oro caían por las claraboyas. Volvían del campo las familias cargadas de ramos y arrastrando á sus niños. Sólo se oía en el fondo de las galerías la voz retrasada de algun dependiente que vaciaba la última caja. Luégo callaron estas voces, y de la barahunda del día sólo quedó un estremecimiento sobre el desorden formidable de las mercancías. Los anaqueles, los armarios, los cartones y las cajas estaban vacíos: ni un metro de tela ni un objeto habían quedado en su sitio. Los vastos almacenes sólo ofrecían el espectáculo de su armazon completamente limpia, como el día de la instalación. Aquella desnudez era la prueba visible del inventario. Por el suelo se amontonaban diez y seis millones en mercancías. Un mar creciente que había sumergido las mesas y los mostradores. Los dependientes empezaban á colocar el género, sumergidos hasta los hombros, y contaban acabar á las diez.

Cuando la señora Aurelia, que era de la primera mesa, volvía de comer, trajo la noticia de los negocios realizados en el año,

cuya cifra se conocía sumando las de las secciones. El total era de ochenta millones, diez más que el año pasado. No había baja real más que en las sedas de fantasía.

— Si el señor Mouret no está contento, no sé por qué será—dijo la primera;—miradle allá abajo, en lo alto de la escalera grande; está furioso.

Las señoritas fueron á verle. Estaba solo, de pié, con la cara sombría, por cima de aquellos millones tirados á sus piés.

— Señora—dijo Dionisia en aquel momento—si fuérais tan buena que permitiérais que me retirara... No sirvo para nada á causa de mi pierna, y como tengo que comer hoy en casa del tío con mis hermanos...

¡Oh asombro! ¡No había cedido segun eso! La señora Aurelia dudó, casi hasta prohibirla salir con la voz breve y aspecto de enfado, mientras Clara se encogía de hombros llena de incredulidad, diciendo:

— ¡Qué! será que él no ha querido.

Cuando Paulina supo el desenlace, estaba con Deloche delante de los equipos de boda: la alegría brusca del jóven la disgustó. ¡Bastante la aprovechaba aquello! ¿Era tan bestia el jóven que prefería que su amiga no cogiese la dicha al paso? Bourdoncle no se atrevía á romper el aislamiento de Mouret, y se paseaba entre el ruido, presa de sorda inquietud.

Dionisia bajó. Al llegar al descansillo de la escalerilla apoyándose dulcemente en la baranda, pasó junto á varios dependientes que cuchicheaban. Oyó su nombre y que se hablaba aún de su aventura. Ellos no la vieron.

— Eso son gazmoñerías—decía Favier.—Es una masa de vicio... Yo sé de uno con quien quiso liarse á la fuerza.

Y miraba á Hutin, que para conservar su dignidad de segundo estaba á cuatro pasos sin mezclarse en la conservación. Pero halagado por la envidia con que le consideraban todos, se dignó murmurar:

— ¡Cómo me aburrí con sus tonterías!

Dionisia, herida en el corazón, se agarró á la barandilla. Debieron verla, porque todos se dispersaron riendo. Tenía razón de asustarse de sus ignorancias de otro tiempo, cuando pensaba en él. Pero ahora, ¡qué cobarde era y cómo le despreciaba! Se turbó con este razonamiento: ¿no era extraño que hubiese podido resistir á un hombre adorado, cuando en otro tiempo se sentía débil

delante de aquel miserable á quien ciertamente no amó? Su razon y su valor palidecian ante estas contradicciones de su sér en el que no leía con claridad, y se apresuró á atravesar la seccion.

El instinto la hizo alzar la cabeza al atravesar la puerta abierta por un inspector. Vió á Mouret en lo alto de la escalera, sobre el descansillo central, dominando la galería. Pero no se acordaba del inventario, no veía su imperio ni aquellas riquezas que crujían á sus piés. Todo habia desaparecido para él: las ruidosas victorias de ayer y la colosal fortuna del mañana. Siguió á Dionisia con una mirada desesperada, y cuando aquélla pasó la puerta... nada: la casa se quedó para él oscura y vacía.

XI

Bouthemont llegó aquel día el primero á casa de la señora Desforges al té de las cuatro. Estaba sola en su gran salon Luis XVI, cuyos bronces y brocateles parecían brillar alegres, y se levantó diciendo:

—¿Qué hay?

—Que cuando le dije que subiria á saludaros—contestó el jóven—me prometió formalmente que vendria.

—¿Le dijisteis que vendria el Baron?

—Sin duda... Eso fué lo que pareció decidirle.

Hablaron de Mouret. El año anterior, parecia muy inclinado á Bouthemont hasta el punto de admitirle en sus placeres. Se presentó á Enriqueta, contento por tener un confidente que rompiese algo la aridez de aquellas relaciones que ya le cansaban. Así fué que el primero de la seccion de sederías acabó por ser el confidente de su principal y de la jóven viuda: hacía sus encargos, hablaba al uno del otro, y los ponía en paz muchas veces. Enriqueta se abandonaba en las crisis de sus celos á una intimidación de que ella misma se sorprendia, pues perdía su aplomo de mujer de mundo, que tiene en cuenta ante todo las apariencias.

—Era preciso haberle traído—repuso ella violentamente;—así hubiese estado segura.

—No es culpa mia, señora—dijo él sonriendo.—Se me escapa hace algunas semanas. ¡Oh! me quiere bien, porque sin él lo pasaría yo mal en la casa.

Su situación en *La Dicha de las Damas* estaba, efectivamente, amenazada desde el último inventario. Se agarró al pretexto de lo lluvioso de la estación; pero el considerable sobrante de sedas de fantasía no se le perdonaba, y como Hutin explotaba la situación minándole rabiosamente el terreno, sentía crujir el suelo bajo sus piés. Mouret le habia condenado, tal vez aburrido de un tes-